



Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. II - Nº 13 Mayo de 2019



*Nolite
obdurare
corda vestra*

El Carlomagno de la Iglesia Católica

San Gregorio VII entabló una batalla decisiva cuyo resultado fue un golpe certero en el mayor potentado de la Tierra, imponiéndole el castigo más alto, profundo e intransigente que se puede imaginar.

La lección de este gran Pontífice fue — en último análisis — la de llevar la verdad, el bien, la belleza y la fidelidad a la Iglesia hasta sus últimas consecuencias.

¡Fue el Carlomagno de la Iglesia Católica! La gloria carolingia, de proporciones más angélicas que humanas, fue vivida magníficamente por la Iglesia Católica en los días de San Gregorio VII.

Debemos desear con toda nuestra alma, que el adversario de la verdadera Iglesia Católica, Apostólica y Romana en nuestros días, la maldita Revolución gnóstica e igualitaria¹, sea más castigada que el Emperador Enrique IV, pues ella intentó algo peor que él. La Revolución devastó la Tierra entera, y es necesario que el castigo sea proporcional.

(Extraído de conferencia de 25/5/1985)

1) Por Revolución el Dr. Plinio entendía el movimiento que desde hace cinco siglos viene demoliendo a la Cristiandad y cuyos momentos de apogeo fueron las cuatro crisis del Occidente cristiano: el protestantismo, la Revolución Francesa, el comunismo y la rebelión anarquista de la Sorbona en 1968. Sus agentes impulsores son el orgullo y la sensualidad. De la exacerbación de esas dos pasiones resulta la tendencia de abolir toda legítima desigualdad y todo freno moral.



S. GREGORIUS PAPA VII.

Sumario

Vol. II - No. 13 Mayo de 2019



En la portada, imagen peregrina de Nuestra Señora de Fátima.

Foto: Teodoro Reis

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Carlos Augusto G. Picanço
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición
brasileña y editada en
Colombia por PRODENAL
con las debidas autorizaciones
de la Editora Retornarei Ltda.
de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL
Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de
números anteriores, ir a:
[http://caballerosdelavirgen.org/articulo/
revista-dr-plinio](http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio)

Plinio Corrêa de Oliveira
San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

4	EDITORIAL <i>Nolite obdurare corda vestra</i>	
5	PIEDAD PLINIANA <i>Nuestra Señora de Fátima, el extremo sacrosanto</i>	
6	DOÑA LUCILIA <i>Voz flexible y ondulada</i>	
8	DE MARIA NUNQUAM SATIS <i>Las mayores perspectivas históricas</i>	 
12	GESTA MARIAL DE UNA VARÓN CATÓLICO <i>Una fortaleza cercada por todos lados</i>	
16	HAGIOGRAFÍA <i>Ejemplo de fuerza de alma</i>	
20	SANTORAL <i>Santos de Mayo</i>	
22	DR. PLINIO COMENTA... <i>Doble Revolución</i>	
29	REFLEXIONES TEOLÓGICAS <i>Ángeles proféticos</i>	
32	APÓSTOL DEL PULCHRUM <i>Grandeza y bondad de Dios</i>	
36	ÚLTIMA PÁGINA <i>Auxilio de los pequeños</i>	

Nolite obdurare corda vestra

El Mensaje de Fátima irrumpe en nuestros días con renovada actualidad. ¿Qué es lo que un lector que le dedique una atención suficientemente seria, saca de ese mensaje?

Doña Lucilia tenía un crucifijo que había pertenecido a su padre y que databa de la época en que Brasil se independizó de Portugal, o de antes, hacia los últimos días del Brasil colonial. Ella guardaba ese antiguo crucifijo en un cajón y lo sacaba una vez por año, para rezar en ese día.

Un lector en tales condiciones retiene del mensaje el hecho supremamente grave de que Nuestra señora increpa al mundo de ciertas culpas y lo amenaza con determinados castigos, en el caso de que sus pedidos no sean atendidos. El carácter condicionado de las promesas de Fátima queda así perfectamente configurado. O sea, la Virgen Santísima deja una vía abierta para que la humanidad pueda escapar del castigo inminente mediante la enmienda de la vida.

En este sentido, resalta también el carácter expiatorio de los pedidos hechos por Nuestra Señora: la Comunión Reparadora de los primeros sábados de cinco meses consecutivos y la consagración de Rusia al Inmaculado Corazón de María. Si tales pedidos fuesen atendidos, el mundo volvería a gozar de la paz: la paz de Cristo en el Reino de María.

Pregunta: ¿las culpas y los pecados cesaron? ¿Fue hecha la expiación?

Respuesta: Para ir, de entrada, a lo más evidente, digamos que desde 1917, la crisis moral en occidente no ha hecho sino acentuarse rápidamente. Así, entre tantas reformas de las que todo el mundo habla como siendo necesarias, tanto en oriente como en occidente, nadie propugna por la solución de lo que más ofende a Nuestra Señora, o sea, la reforma de la moralidad, tanto particular como pública, a través de la restauración de la institución de la familia, del fortalecimiento de la indisolubilidad y de la sacralidad del matrimonio, de la autoridad de los padres sobre los hijos, la sustracción de éstos a la intromisión abusiva del Estado que oficialmente es laico, si no directamente ateo.

Por lo tanto, cualquier afirmación en el sentido de que las promesas de Fátima se están cumpliendo, exigiría mayor circunspección ya que, de parte de la humanidad, no hubo correspondencia a los pedidos de la Virgen María en un punto fundamental que es la enmienda de vida.

Importa, pues, en alto grado, interpretar el Mensaje de Fátima de forma auténtica, para que los espíritus se mantengan lúcidos, vigilantes y valientes ante los acontecimientos extraordinarios que puedan darse, lanzando a la humanidad en la perplejidad y en la aflicción.

Para los que tienen fe, resonarán siempre en sus oídos las palabras de Nuestra Señora en Fátima: “Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará”.¹

“*Hodie si vocem ejus audieritis nolite obdurare corda vestra* – si hoy escucháis su voz, no endurezcáis vuestros corazones” (Sal 95, 8) – dice la Escritura. Inscribiendo la Fiesta de Nuestra Señora de Fátima en el calendario litúrgico, la Santa Iglesia proclama la perennidad de su mensaje dado al mundo a través de los pequeños pastores. En el día de su Fiesta, una vez más la voz de Fátima llegó hasta nosotros. No endurezcamos nuestros corazones, porque solo así, encontraremos el camino de la verdadera paz.²

1.- Extractos del artículo “Actualidad del Mensaje de Fátima 75 años después”, publicado en el diario Las Américas el 14/5/1992

2.- Extraído del artículo “Fátima”, publicado en O Legionario del 14/5/1944.



DECLARACIÓN: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*



Nuestra Señora de Fátima, el extremo sacrosanto

¡Oh Virgen Madre, Señora de Fátima, que anunciasteis al mundo tan extremas aflicciones y tan excelsas alegrías, revelando los terribles castigos y los grandes triunfos por los cuales pasará la Cristiandad! A Vos, que denunciasteis con tanta claridad los extremos de abominación moral a los cuales llegamos y, al mismo tiempo, mostrasteis la plenitud de vuestra insondable santidad, yo os suplico: ¡transformad mi espíritu!

No permitáis que yo continúe siendo una de esas incontables personas de horizontes cortos y de intereses reducidos a la pequeña esfera de su propia individualidad. Haced, por el contrario, que abnegado y sin pretensiones yo sea un alma abierta y ardiente, capaz de medir en toda su extensión los extremos que en Fátima se perciben y de tomar una posición intransigente y completa a favor del extremo sacrosanto que sois Vos, oh Madre mía: ¡extremo de amor a Dios, de pureza, de humildad, sin pretensiones, de inquebrantable combatividad!

Haced que así, yo sea un contrarrevolucionario ejemplar, un perfecto apóstol de los últimos tiempos. Amén.

(Oración compuesta el 8/5/1971)



Voz flexible y ondulada



La voz de Doña Lucilia era muy flexible y ondulada, con una capacidad extraordinaria de hacer trasparecer el significado moral y psicológico que ella le quisiese comunicar. Eso hacía su conversación muy agradable.

Doña Lucilia nunca fue cantora. Cuando joven tocaba un instrumento panzudo y todo adornado con madreperlas, llamado mandolina.

Como el clima en São Paulo siempre fue muy irregular, cierta vez ella tuvo un resfriado bastante agudo, perdiendo buena parte de su audición por esa causa. Así, quedó incapaz de tocar música, porque para eso es necesario tener un oído muy afi-

nado. Sin embargo, ella conservó la mandolina hasta el final de su vida, guardando cierta nostalgia de ella, aunque ya no la tocara.

*Voz comunicativa,
principalmente en los
asuntos elevados*

Aun así, mi madre tenía la voz muy flexible, ondulada. No era nada cantante, sino una voz con una

capacidad extraordinaria de transmitir el significado moral y psicológico que ella le quisiese comunicar. Así, cualquier cosa dicha por Doña Lucilia, según el caso, podía tomar una inflexión muy comunicativa y persuasiva, lo cual volvía su conversación muy agradable. Sobre todo cuando se trataba de un asunto serio – no solo en el sentido de reprobación, sino también de aprobación, de un cariño serio, de un tema

elevado –, su voz se hacía muy comunicativa.

Eso hacía que ella, cuando quería comunicar confianza, tuviese inflexiones de voz que transmitían una especie de persuasión que, a primera vista, podría parecer gratuita, pero analizando bien, se veía que no era así.

A mí mismo, como hijo suyo, en circunstancias de mi vida de niño – porque el hombre necesita tener confianza desde pequeño –, así como después en situaciones de mi vida de joven y de adulto, varias veces ella me recomendó esa virtud, comunicándola de modo a persuadirme de que realmente era necesario confiar y mantenerme tranquilo.

El niño Plinio se enferma de paperas

Me acuerdo, por ejemplo, de una cosa que es una bagatela: el modo de ella tratarme las paperas.

Esa enfermedad, si es bien cuidada – evitando que el niño salga corriendo por el jardín, etc. – no tiene ninguna gravedad, pero es un poco prolongada, y para un niño constituye una eternidad quedarse en cama. No hay ningún niño que no tenga horror a permanecer en cama.

Ahora bien, yo no sabía que las paperas podían pasarse de un lado a otro del cuello. Tuve a un lado y después fue disminuyendo. Mi madre – que conocía esa característica de la enfermedad, pero no me lo decía para que yo no quedase temeroso – me tranquilizaba: “¡Mira, ya están mejorando tus paperas!”

Yo iba palpando, sintiendo que disminuían, y haciendo planes de salir corriendo al jardín, y de mil otras cosas de un niño que no aguanta más la cama.

Un buen día le dije a ella:

– Mamá, qué gracioso, tengo algo aquí.

– Hijo mío, las paperas pasaron al otro lado.

Comencé a llorar, porque para un niño de seis años eso puede significar una catástrofe cósmica, universal...

– No, ten paciencia, que eso pasa como ya pasó del otro lado – me consolaba ella –.

Si otra persona me dijese eso, yo bramaría: “Eso no pasa, eso no se está acabando, ¿no ves? ¡Cambieemos ese médico!” Yo no entendía bien lo que ocurría. ¿Cómo era posible que la misma enfermedad apareciese al otro lado? ¡Ese médico es un incompetente, no sirve para nada!

Pero al decirme “eso pasa”, ella me daba la persuasión de que realmente eso iba a pasar, el tiempo no sería tan largo, era soportable y, al fin de cuentas, durante la enfermedad yo tendría los cariños excepcionales de ella, que compensarían la prueba de quedarme en cama.

“¡Ten confianza!”

Pueden imaginar el desenlace del caso: cuando las paperas estaban casi curadas, amanecí con una indisposición de estómago violentísima.

Mi cuarto quedaba al lado del de ella. La llamé:

– Mamá, ven, por favor.

Ella vino y yo le dije:

– Amanecí con esto.

– *Filhão*¹, las paperas pasaron al estómago...

– ¡¿Eso se transmite al estómago?! ¡¿Dónde más pasa, a los ojos, a la lengua...?!

– Quédate calmado, porque solo da en los dos lados del cuello y en el estómago; en ningún otro lugar. Ahora, de hecho, es la última vez. Quédate consolado. Mira, te voy a traer un juguete. ¡Ten confianza!

Ese “ten confianza” era dicho de tal modo que yo comenzaba a confiar y me sosegaba. Era el efecto comunicativo del timbre de su voz, propio de una madre, pero al mismo tiempo con algo que yo sería lleva-

do a juzgar como sobrenatural, y que actuaba profundamente sobre mí.

Aunque yo haya sido en toda mi vida muy categórico, me sosegaba, me acostaba, recostaba mi cabeza en mi almohada y comenzaba mi triste mañana de enfermo. Pero con ella al lado no había problema, estaba todo resuelto: “Mamá está ahí, yo confío en ella, porque ella lleva consigo algo de Dios que hace que todo dé buen resultado.”

Intercambio de mociones que aumentará en las circunstancias más difíciles

La gran cantidad de flores depositadas en la sepultura de Doña Lucilia muestra la forma en que son tratados como hijos los que a ella recuerden. Todo eso corresponde a gracias recibidas, a esperanzas de nuevos favores, al afecto y a la gratitud por los beneficios obtenidos. Es una cosa muy justa, muy razonable.

Además de las flores, ese grupo de personas se queda allí indefinidamente, sin querer irse. Tanto pueden salir de repente si llueve, por ejemplo, como no incomodarse mucho y permanecer bajo la lluvia.

¿Por qué? Porque están sintiendo algo interior, una gracia que lleva a la persona, más o menos confusamente, a pensar: “Aquí estoy bien y de aquí no salgo”. Se ve que hay una especie de diálogo mudo entre el alma de ella en el Cielo y las personas que están rezando allí.

Ese intercambio de mociones se deberá dar intensísimamente en circunstancias difíciles como, por ejemplo, durante los castigos previstos por Nuestra Señora en Fátima. ❖

(Extraído de conferencia de 28/2/1993)

1) N. del T.: En portugués, aumentativo afectuoso de hijo.



Las mayores perspectivas históricas

Las revelaciones de Fátima no son apenas un aviso de castigos venideros, sino una gracia de Nuestra Señora con la intención de crear en la Cristiandad un determinado espíritu característico de los verdaderos Santos.



Desfile de los Fusileros Navales americanos en París, 1918

Hoy se conmemora el aniversario de la primera aparición de la Bienaventurada Virgen María del Rosario de Fátima. Habiendo aparecido varias veces a tres pastorcitos en Cova da Iría, la Virgen Santísima, recomendando oración y penitencia, predijo la persecución que sufrirían los buenos, los errores que Rusia esparciría por el mundo y el triunfo de su Inmaculado Corazón.

En los ambientes católicos, tristeza por causa de los progresos de la Revolución

El pensamiento mariano escogido para el día de hoy es: “¡Cuán felices aquellos que tienen dentro del corazón el amor de María y la sirven fielmente!” Es una frase de San Buenaventura. El Doctor Seráfico resalta así, una vez más, la importancia de la devoción a Nuestra Señora.

Con respecto a la fiesta de Nuestra Señora de Fátima habría un comentario especial para hacer y que se refiere a lo siguiente:

Si consideramos el ambiente eclesialístico propio de las iglesias constituidas según la Tradición, notamos, sobre todo si son de épocas posteriores al inicio de la Revolución, que están impregnadas de una cierta tristeza.

Por ejemplo, la Iglesia del Corazón de Jesús, en San Pablo, es muy recogida, elevada, serena, pero hay en ella cierta nota de tristeza resignada. Y también en otras iglesias construidas en el siglo XIX.

Las músicas religiosas de ese período, aun cuando se trata de música sacra propiamente dicha – el canto llano o el polifónico –, siempre son melodías impregnadas de esa nota de una tristeza con mucha templanza, digna, elevada, yo diría incluso de una tristeza sobrenatural.

Esa tristeza se desprende exactamente del ambiente de desolación y melancolía introducido en los medios católicos por los progresos de



Jacinta, Lucía y Francisco, videntes de Fátima, después de que les fue revelado el Infierno

Divulgación (CC3.0)

la Revolución. La nota dominante del ambiente católico de entonces era de pesar, a causa del rumbo que el mundo iba tomando, de la marea creciente de los pecados.

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús y el maravilloso corolario de ella que es la devoción al Inmaculado Corazón de María contribuyeron mucho para acentuar esta nota de tristeza. Porque en todas sus revelaciones a Santa Margarita María de Alacoque – después tan repetidas y comentadas por todo el orbe católico, tan difundidas por esa inmensa organización que fue el Apostolado de la Oración –, el Sagrado Corazón de Jesús se presentaba triste, atribulado, lamentando las ofensas hechas por los hombres y pidiendo que se rezase a fin de evitar grandes catástrofes para el mundo.

Optimismo que cierra los ojos a la pasión de la Iglesia

Esa nota de tristeza se volvió aún más aguda en las apariciones de Nuestra Señora. El mayor ciclo de apariciones marianas de la Historia fue, sin duda, el de las iniciadas en el siglo XIX con La Salette y que terminaron en el siglo XX con Fátima; o, si prefieren, más recientemente, con el milagro de Siracusa¹. En todas esas manifestaciones, María Santísima aparece llorando, lamentando, deplorando la marea creciente de las

ofensas hechas a Dios por los hombres, y advirtiendo: conviértanse, hagan penitencia, cambien de vida, están por venir castigos enormes.

Todo eso se reflejaba en una tristeza, en una postración en los ambientes de piedad que, asociándose muy digna y adecuadamente a la tristeza de la Iglesia, hacía como las santas mujeres que se unían al sufrimiento de Nuestro Señor en lo alto de la Cruz. Por esa razón, vuelvo a decir, una atmósfera de tristeza impregnaba esas iglesias



Comité Hermandades



antiguas. Noté eso en Brasil, en iglesias de Europa, de Argentina, todas con una nota de gravedad melancólica.

Lo contrario de eso es la atmósfera resultante de ciertos cambios que introdujeron en las ceremonias litúrgicas cancionetas representando una alegría inexpressiva, la cual insinuaba que todo estaba muy bien: “¡Vea el progreso, el mundo, la evolución, cómo aquel *bon sauvage*² ahora se está convirtiendo!” Es decir, un optimismo idiota que cierra los ojos ante la pasión de la Iglesia, busca afirmar que ella no está siendo perseguida y que el mundo moderno no está construido contra la Esposa de Cristo y, por lo tanto, no existe una incompatibilidad entre ambos. Por esa causa, procura crear en los hombres el horror a la cruz, al sufrimiento, y una verdadera indiferencia hacia el pecado. En el mundo todo es alegre y bien establecido.

Aquí encontramos uno de los rechazos – no es el único – que el mundo moderno hizo de las revelaciones de Fátima.

Seriedad, objetividad, combatividad

Desde el punto de vista temperamental, hay un número enorme de personas con aversión de las revelaciones de Fátima porque ellas abren los ojos a una realidad seria, muestran esa realidad hasta como trágica, prevén castigos y orientan los espíritus hacia la idea del Corazón de Jesús ultrajado, ofendido, del Inmaculado Corazón de María lanceado de dolor por los hechos que se presentaban ahora, que ahora se desvandan.

Y por causa de eso, invitando a los fieles a la penitencia, a la reparación,



Imagen de la Santísima Virgen vertiendo lágrimas el 1 de Septiembre de 1953 – Siracusa, Italia

Divulgación

espíritu, que gusta de estar riendo siempre, tiene que detestar las profecías y todo lo que es sublime, noble, elevado; necesita, por lo tanto, ser favorable a que se cierren los ojos y los oídos a todo lo que está escrito y dicho con respecto a las revelaciones de Fátima.

Vistas bajo esa luz, las revelaciones de Fátima no son solo un aviso de castigos, sino una tentativa, una gracia de Nuestra Señora que pretende crear en la Cristiandad un espíritu de seriedad, de objetividad, de combatividad, como un medio para la regeneración del mundo, como quien considera que la humanidad no se regenera sin ese espíritu, y que en la perpetua broma, en el conti-

nua enmienda de vida. Manteniendo, por lo tanto, aquel clima de seriedad y de tristeza grave y noble, derivado de la época de las revelaciones del Sagrado Corazón de Jesús, y que era la actitud normal delante de la Revolución, y contraria a los espíritus formados en ambientes relajados en los cuales la broma es cultivada como la única forma de espíritu y de popularidad, donde se lleva todo a juego, a la trivialidad, a la superficialidad, sin prestar atención a nada serio, no queriendo ver de frente ningún problema, con un retroceso constante delante de la realidad objetiva para poder llevar una vida divertida.

Evidentemente, las revelaciones de Fátima, opuestas a ese espíritu, encuentran una predisposición temperamental para ser rechazadas y a que se aplauda todo sabotaje que se haga de ellas. Porque el hombre estulto, sin seriedad, sin elevación de

nio juego, en la despreocupación, en la superficialidad crónica no puede haber salvación para el mundo.

Espíritu contrarrevolucionario noble, augusto y majestuoso

Es por eso que las más altas perspectivas históricas se resumen en las revelaciones de Fátima y tocan francamente en lo sublime. ¿Por qué razón, por ejemplo, Nuestra Señora apareció con la indumentaria propia de esa nueva devoción, también como siendo el Inmaculado Corazón de María, y como Nuestra Señora del Carmen? Ella se mostró como el Inmaculado Corazón, dando a entender bien lo que era el reino del amor que Ella profetiza y va a realizar sobre la Tierra. Por lo tanto, una profecía para los próximos acontecimientos, para el Reino de Ella. Ella apareció bajo la advocación de

Nuestra Señora del Carmen como una alusión evidente al Profeta Elías, fundador de la Orden del Carmen y primer gran siervo e hijo de Ella, y que vendrá en el fin del mundo para luchar contra el Anticristo. Es decir, son las mayores perspectivas históricas que se descubren con eso.

Entonces, necesitamos sacar de eso un fruto para nosotros. No debemos ver en esas apariciones apenas el aviso de un hecho que se dará, sino la recomendación de un espíritu, de una actitud psicológica en conexión con ese aviso. La devoción a la Virgen de Fátima es una invitación para vivir meditando, día y noche, en las perspectivas enormes con las cuales actuamos en nuestro apostolado, a pesar de que la trivialidad del mundo contemporáneo no tome eso en consideración; para que

no demos importancia a nada de lo que es terreno, meramente humano y nos preocupemos exclusivamente de nuestra vocación. Esta es la invitación que significa para nosotros la fiesta de Nuestra Señora de Fátima.

Alguien podría pensar: “Yo estoy al día con Nuestra Señora de Fátima, porque creo en todo lo que Ella profetizó.”

Yo tendría ganas de decirle: “Amigo mío, usted podrá estar al día como quien cree, pero no lo está si no cultiva en su alma la seriedad, la gravedad, la ruptura con este siglo corrupto de hoy, si no cultiva el espíritu contrarrevolucionario, noble, augusto, majestuoso propio de aquellos que quieren servir a Nuestra Señora en la Contra-Revolución.”

He aquí lo que debemos pedir a María Santísima en este día: esta

gran seriedad, gran elevación de alma que caracteriza a todos los Santos y que es la condición para que realmente estemos a la altura de nuestra gran vocación. ❖

(Extraído de conferencia de 13/05/1966)

- 1) En 1953, en la ciudad de Siracusa, Italia, una imagen de María Santísima vertió lágrimas milagrosamente durante 75 horas. Los análisis bioquímicos comprobaron que eran lágrimas de origen humano. Los obispos de Sicilia reconocieron el milagro y autorizaron el culto a la “Virgen de las Lágrimas”.
- 2) Del francés: buen salvaje. Referencia hecha al mito de Rousseau, según el cual el hombre es bueno en su naturaleza, pero la civilización lo corrompe.



Profeta Elías – Parroquia de San José, Madrid, España

Samuel Holanda



Una fortaleza cercada por todos lados



Castillo de
Hohenschwangau,
Alemania

El hombre puede ser comparado a un castillo cercado por enemigos que quieren dominarlo, cuando traba una cruda batalla contra las poternas abiertas de nuestra propia alma, adquiriendo buenos hábitos. Si no, en un punto donde obtuvimos la virtud, entra el pecado venial y después el mortal.

En cierta ocasión, después de una conferencia mía en el Teatro Municipal de São Paulo, una persona me dio este consejo:

– Usted debería dar discursos más complicados de los que hace.

Lo miré espantado y le pregunté:

– ¿Por qué?!

Él me dijo:

– Porque Usted acostumbra a dirigirse a personas que no están habituadas a entender las cosas, son gente muy sencilla. Entonces Usted reduce los temas a la simplicidad de ellos. Resultado: ellos piensan que el asunto es muy fácil y no le dan valor a lo que Usted está diciendo.

Falta de agilidad

No discutí con él, pero mi comentario interior fue el siguiente: no hablo con la finalidad de que se dé valor, al contrario, es para que se entienda, entendiendo se quiera, queriendo se haga lo que se debe hacer. Es este mi objetivo al hablar. El juicio que las personas puedan hacer de mí, al final de cuentas, poco me importa. Quiero llegar al resultado concreto, en favor de la Causa de Nuestra Señora.

Tomé, por tanto, el hábito de en todas mis exposiciones comenzar a abordar el asunto por su aspecto más simple, para después, ver como se ramifica en consideraciones de un orden superior.

Cuando niño cuántas veces me sucedió esto: Yo veía niños a mí alrededor que tenían una vida mucho más libre y agradable que la mía. Porque yo no tengo una primera comprensión de las cosas muy rápida. Pero una vez que entiendo el asunto, ando con una relativa rapidez. Como resultado, mis estudios primarios fueron más difíciles que los secundarios, y estos más arduos que los universitarios. Tuve así, que trabar una batalla para adquirir los conocimientos primarios, que me dejó avergonzado, porque yo tenía una serie de compañeros que aprendían en un instante. Y aunque yo sea totalmente brasileiro, no sé por qué manifestaba esa manera de ser poco característica de mi País.

Yo sospechaba bastante que si mis compañeros, con aquella agilidad de espíritu que tenían, notaban mi lentitud, se reírían de mí y me llamarían de burro. Entonces, yo quería esconder esa falta de agilidad, lo que me hacía la vida dura. Por otro lado, era realmente obligado a estudiar.

Dificultad en el estudio de la Geografía

¡No imaginan lo que representó para mí, por ejemplo, el estudio de la Geografía! En aquella época, se le exigía al alumno saber de memoria to-

dos los límites de los 21 Estados brasileños.

Ahora, cada Estado tiene por lo menos tres o cuatro límites. Para saber encajar el minúsculo Estado de Espírito Santo entre Bahía, Río de Janeiro y Minas Gerais es un problema, ¡porque hay límites por todos lados! Menos mal que el Océano Atlántico simplificaba la cuestión... Yo no tenía buena memoria. Hasta instalar eso “a cincel” en mi memoria, ¡qué trabajo!

Todavía me acuerdo que siempre fui muy propenso a analizar ambientes y costumbres. Me acuerdo de mí, estando en mi casa, en el cuarto de estudio de los niños, sentado junto a una mesa, aprendiendo esto y aquello, y mirando hacia el jardín, a través de una arcada de la terraza, viendo el Sol, la belleza de la naturaleza, el ho-



Archivo Revista



Archivo Revista

Dr. Plinio habla en el Teatro Municipal de São Paulo en 1965



GESTA MARIAL DE UN VARÓN CATÓLICO

rizonte que se abría frente a mí, los gorriones. Me gustaba mucho mirar los gorriones – que eran abundantes en el São Paulo de aquel tiempo –, que saltaban de acá para allá. Y quedaba, como todo niño, con deseos de dejar de lado el estudio sobre los límites de los Estados del Brasil. Ade-

más porque yo tenía una objeción indignada: ¿Si eso está en el libro, por qué tengo que aprendérmelo?

Otra objeción, aún más furiosa: ¿Qué se concluye de eso? Entre el Espíritu Santo y Minas – voy a inventar, porque no tengo la menor idea de cuales sean sus límites – está, digamos, la Sierra del Biapó y después la del Catindé. ¿Qué voy a hacer yo con la Sierra del Biapó? ¿Qué se deduce de eso? Nada. Si se concluyera algo, comprendo el esfuerzo para meter en mí memoria esos

datos. Pero si me dijeran que ese es el límite entre el Estado de Pará y el de Amazonas daba lo mismo. ¡¿Por qué tengo que aprenderme ese enredo?!

Y me responderían:

– ¡Tiene que aprender, porque, si no, no pasa el examen! Usted tiene que graduarse, y para ser aprobado en el curso superior debe concluir la secundaria, en la que hay Geografía del Brasil. Por tanto, necesita saber, no tiene alternativa.

Lucha contra la pereza

Me acuerdo de mí, en cierta ocasión, sentado en la mesa, solo – mi hermana y mi prima, que estudiaban habitualmente conmigo, no estaban en el momento –, bien al frente del jardín, una naturaleza bonita, luminosa, y yo consciente que las consecuencias serían muy desagradables si me vieran en el jardín: la institutriz me denunciaría, Doña Lucilia quedaría desagrada-da y me daría una buena reprimenda...

Yo pensaba: “Está bien, no voy. Pero, ¿quién me prohíbe cerrar este libro y quedarme mirando para afuera?”

El ambiente, todo el conjunto que aquello formaba no era más bonito que cualquier jardín visto por algún chico. Entre tanto, un jardín puede, a ciertas horas, deslumbrar a un niño. Me venían entonces los deseos: ¡Ah, el jardín! ¡Oh, *dolce far niente*, no hacer nada, que cosa agradable! Libro cerrado, cuerpo relajado, paseando con el alma por el jardín. El tiempo corre, corre, corre...

Yo hice eso y, a cierta altura, noté que estaba delicioso, pero reparé que había algo en mí, como si fuera agua, que por un desagüe misterioso se salía y me dejaba vacío, me dejaba más débil. Resultado, yo quedaba menos propenso para el cumplimiento del deber. Cualquier obligación se me hacía más difícil.

Me venía, entonces, este pensamiento puesto por la rectitud que había en mí: “¿Esta flaqueza no le da asco? ¿Usted no ve que, si co-



Steve Listengart (CC3.0)

ge ese hábito, termina blandengue? ¿Usted quiere ser así? ¿No percibe hacia donde lo llevará esto? ¡Qué horror! Por otro lado, ser enérgico y vencer esto, ¡oh, maravilla!”.

Comenzaba, entonces, la lucha interior, en el gozo de los deleites:

– ¿Qué sabroso, he? Qué delicia, sólo un poco más...

Al poco rato, la consciencia acusaba:

– ¡Vamos a parar!

– No, porque ahora está más difícil que antes.

– Pero si ya es difícil, va a quedar cada vez peor. ¿Lo que Usted quiere es que el buen camino sea cada vez más duro para Usted? Entonces, reconozca por lo menos que Usted escogió el mal camino. ¿Es esto lo que Usted está haciendo?

– ¡No, esto tampoco!

– Entonces sea franco. Corte ya, o dentro de poco será todavía más difícil.

Gran gemido: “¡Qué dificultades en esta vida! Pero al final, es mejor cortar ahora. Voy a abrir el libro de la Sierra del Catindé...”

A veces uno se recuerda de ese combate interno y tiene una alegría, una satisfacción porque venció. Ese día se siente más liviano, porque se ganó una batalla.

Entretanto, viene un miedo: yo vencí esta batalla, pero fue duro. ¿Ganaré las otras? O llevo una vida insostenible, teniendo batallas así todos los días – en las que cada vez que esté inclinado a huir del estudio, me pongo a estudiar aún más, agrediendo la tentación –, o sucumbo.

Ahí está, en punto minúsculo, en un episodio infantil, una pequeña batalla de las muchas que tuve que vencer contra mi pereza natural.

No hay la menor duda de que, por más que los abismos se vayan multiplicando entre las generaciones, todos sienten cosas de este género. ¡Es humano!

Claro está, esa lucha no se da apenas entre la pereza y la fortaleza; de acuer-



Ruínas del Château-Gaillard, Francia

do a cada alma, cada vía, cada situación, sucede más o menos con todas las virtudes del hombre. Porque el ser humano es tentado en cualquier materia.

La vida espiritual va emergiendo así, como una fortaleza cercada por todos lados.

La poterna abierta de Château-Gaillard

Cuando jovencito – no puedo definir bien en qué época de mi vida, pero era bien joven o tal vez todavía niño –, recuerdo que a respecto de la batalla de Bouvines, vencida por Felipe Augusto, vi un dato sobre un castillo que se llamaba *Château-Gaillard*. Se trataba de una fortaleza bien defendida. Pero el enemigo que organizaba el cerco, encontró abierta una poterna que la servidumbre utilizaba para la limpieza del castillo, ésta quedaba en un extremo de la muralla, al alcance del adversario. Esa portezuela, normalmente protegida por una fuerte reja, quedó abierta por descuido de alguno de los ocupantes de la fortaleza. Cuando los defensores de

la ciudadela menos esperaban, se encontraron con el enemigo dentro del castillo. La batalla estaba perdida.

Me acuerdo de haber hecho esta reflexión: “¡Si Usted no pone atención, este castillo es Usted! O Usted traba una batalla más dura que nunca contra las poternas abiertas de su propia alma, y monta una defensa aquí, allá y más allá, adquiriendo buenos hábitos, o entonces, en un punto donde Usted alcanzó la virtud, entra el pecado venial y después el mortal, en estampida dentro de su propia alma, ¡y Usted está perdido!”

Esa es la prudencia, que consiste en tener el castillo bien construido, poner rejas en las poternas y mantenerlas cerradas. La prudencia consiste en establecer un ordo de vida.

Frente a la clarinada de un enemigo que se aproxima, cada uno es responsable por su propia vida y la de los otros. Si una poterna llega a tener alguna falla en su seguridad, todos serán muertos. ¡Presten atención! ❖

(Extraído de conferencia de 1/8/1981)



Ejemplo de fuerza de alma

Mucho más importante que hacer una obra imponente es edificar por el ejemplo. He aquí la lección sacada por el Dr. Plinio de la vida de la Madre Thérèse-Camille de l'Enfant-Jésus

El 24 de julio de 1784 recibía el velo en el Carmelo Mademoiselle Camille de Soyécourt¹, hija de la más alta nobleza de Francia. Sin embargo, la joven era débil y sufría, según los médicos, de una enfermedad incurable de corazón, que todos juzgaban le impediría permanecer más de seis meses en el convento. No obstante, ella no solamente sobrevivió muchos años, sino que sin lugar a dudas su personalidad tuvo notable importancia, aunque desconocida, en la conservación del Carmelo de París durante la Revolución Francesa.

Familiares guillotizados

En 1792 su convento fue invadido y las religiosas dispersadas. La Hermana Camille liderando su grupo, se ins-

taló en una casa, firmemente decidida a mantener vivo el espíritu carmelitano. Denunciada, la pequeña comunidad fue arrestada. Cuando obtuvo la libertad, Mademoiselle de Soyécourt se refugió en la casa de su familia, pero por poco tiempo, pues sus padres y dos hermanas fueron encarcelados.

Después de numerosas peripecias se fue como empleada de una hacienda. Durante todo ese tiempo no dejó de cumplir lo más rigurosamente que pudo los preceptos del Carmelo: ayunaba, recitaba el Oficio en las horas debidas y se confesaba con gran dificultad, semanalmente, con un padre refractario.²

Un día tuvo la noticia de la condena a muerte de sus familiares, todos guillotizados. Supo entonces que su hermana había dejado un hijo, aún

pequeño. A pesar de su dolorosa situación, la Hermana Camille fue tutora de su sobrino hasta su muerte.

Expulsada de la hacienda donde trabajaba, pues la muerte de sus padres terminó revelando su identidad, la religiosa mendigó algún tiempo. Habiendo encontrado a una Hermana de su convento, decidió restablecer su Orden. Con el dinero de las limosnas y el auxilio de padres refractarios obtuvo la capilla de un seminario, recomenzando los oficios religiosos.

Copiaba y distribuía la Bula de excomunión de Napoleón

Terminado el Terror, Mademoiselle de Soyécourt, entonces una figura alta, pálida, grave y suave, decidió recu-

perar para su sobrino y para su convento la fortuna de sus padres. Causaba espanto a los notarios y hombres de la ley la presencia de esa mujer paupérrima, hablando de millones, de venta de tierras y de compra de inmuebles.

Pero consiguiendo integralmente lo que deseaba, la religiosa llamó junto a sí a sus Hermanas dispersas. Y el convento carmelita de París reinstaló su comunidad. Ahí vivió 45 años más, no sin problemas. Por ejemplo, en enero de 1811, Fouché fue informado de que una señora carmelita, superiora del Carmelo, se ocupaba activamente en copiar y distribuir la Bula de excomunión del propio Emperador. Por eso fue presa en un lugar bien distante del convento, lo que no le impedía atender a su comunidad, haciendo visitas enteramente disfrazada y pasando de ese modo delante de los guardias con toda seguridad.

La Restauración la sacó de ese exilio. Cuando sus dificultades morales parecieron disminuir, comenzaron las físicas. Su cuerpo se volvió casi diáfano por causa de los ayunos y penitencias. A los 85 años dormía aún sobre una tabla, a pesar de la gota dolorosísima y los dolores de estómago que no le permitían reposar. Mantuvo, no obstante, como siempre en su vida, un inalterable buen humor y su proverbial intrepidez. Repleta de dolores falleció en 1849, a los 92 años de edad.

Vida llena de inusitados contrastes

Me gustaría que nos colocásemos delante de esta biografía², no desde el punto de vista de quien simplemente la lee, sino de quien la vivió. Y así, ver todo cuanto le fue sucediendo a ella como propio de una vocación, con un objetivo muy definido, en el cual ella se adentró con todo el empeño de su alma.

Ella entra en el Carmelo, se forma, y podría esperar llevar una vida como la de Santa Teresa de Jesús o de Santa Teresita del Niño Jesús; o sea, transcurrida entera en el Carmelo, con éstas o aquéllas dificultades, pero dentro de la vida carmelitana. Con certeza, ella debe haber tenido mil apetencias sugeridas por la gracia para eso.

¿Qué sucedió, sin embargo? En vez de poder llevar esa vida, explota la Revolución Francesa y la Hermana Camille va a la cárcel. Supongamos que haya pensado en la hipótesis del martirio: “Voy a dar mi vida, me haré santa. Está bien, acepto con el mayor gusto”. Conformidad... Sin embargo, fue puesta en libertad.

Ella, que esperaba vivir solo para Dios, se transforma en jefe de familia, aunque soltera, y queda tutora de un sobrino.

Habiendo sido una joven rica, pierde la fortuna. Los padres van a la guillotina y ella se convierte en criada de una hacienda, o sea, una trabajadora manual. Ella que diera su vida a la Igle-

sia – de noble pasa a religiosa –, pasa a ser criada de una hacienda. La biografía no entra en esos pormenores, pero nada excluye la hipótesis de que haya tenido que limpiar establos y realizar otras tareas prosaicas de ese género.

Después es despedida y se ve obligada a mendigar teniendo que cuidar de su sobrino. Comienza a mendigar de un lugar para otro y, de repente, pasada la Revolución Francesa, se transforma en mujer de negocios. Comienza entonces a tocar puertas en todas las notarías para recomponer la fortuna a la cual tenía derecho.

Todo eso era completamente contrario a lo que ella quería. Sin embar-





go, siempre con el mismo objetivo: ser carmelita; a tal punto que reconstituyó el Carmelo. Entonces, comienza su vida normal de carmelita, pero viene la prisión que la interrumpe nuevamente. Al fin de cuentas, vuelve al Carmelo. Se diría que va a llevar una vida tranquila. Se inicia entonces otro género de pruebas.

Gabriel K.



Según el espíritu del mundo, ella no fue una persona realizada pues no llevó la vida que deseaba. Tuvo una existencia enteramente diferente de aquel punto hacia el cual tendían todos sus esfuerzos. Por lo tanto, no realizó la obra que emprendió.

En último análisis, la noción de individuo realizado que vemos por ahí es la de quien llevó la vida que quiso, o la de quien ganó mucho dinero, suponiendo siempre que todo el mundo quiere adquirir dinero. Ahora bien, ella no ganó mucho dinero y no llevó la vida que quiso. Por lo tanto, no fue una persona realizada.

Pero es imposible oír la lectura de esa biografía sin ver claramente que ella se realizó con plenitud. ¿Entonces, en el sentido verdadero de la palabra, qué es la realización? No es lo que el espíritu moderno piensa. La realización es, en el sentido más inmediato – no en el supremo –, la realización de sí mismo. Se ve que ella hizo efectiva la realización de una gran personalidad. Fue una persona de gran virtud que manifestó, en el esplendor de sí misma, un gran número de cualidades, incluso naturales, de las que la Providencia la ha-

¿Qué es la realización de una persona?

Se podría pensar: “Bien, pobrecita. Es la fase final. ¡Ahora ella va a morir y a descansar en Dios!”

¡Nada de descansar en Dios! Va a luchar aún en la tierra hasta el último aliento. Vive hasta los 92 años, siempre practicando la penitencia, siendo modelo de religiosa, aguantando enfermedades y, al final muere a una edad que con certeza nunca podía imaginar alcanzar.

¿A los ojos del espíritu moderno, cómo considerar esto? ¿Fue una vida frustrada o realizada?

Para los hombres de hoy la realización sería si ella hubiese entrado en el convento y hubiese podido llevar una vida religiosa plena-

mente hasta el final. Como hubo hechos que crearon grandes tropiezos en su vida y la obligaron a hacer un montón de cosas que ella no quería, cien veces durante su existencia debe haberse sentido frustrada, abandonando su vocación. Y al llegar la enfermedad, debería haber dicho: “No hay remedio. Dios me abandonó; pues ahora que podría llevar una vida normal de carmelita, comienzo a tener una existencia de enferma”.

Sin embargo, nosotros podemos afirmar que fue una vida realizada con grandeza. Y es imposible oír esa narración sin sentir la mayor admiración por ella.

Entonces nos preguntamos: ¿Qué es la realización de una persona? –Y aquí entra el choque entre el hombre moderno y el espíritu católico.





La Madre T r se-Camille de Soyécourt, al final de su vida



Vista parcial del Carmelo (hoy, Instituto Católico de París), Francia

b a dotado. Llevó hasta la perfección mil cosas que en ella residían potencialmente. Fue como una semilla que engendr  un espléndido  rbol.

Entonces, realizarse en el sentido más inmediato de la palabra es alcanzar su propia perfección. Si hizo o no lo que quiso, no tiene importancia. Lo importante es haber llegado a su propia perfección.

Nunca se sintió doblegada y siempre camin  hacia adelante

Además, ella no realizó esa perfección a través de una serie de fracasos consumados, sino con una continuidad de vida. Aunque no fuese todo como ella quería, eran los planes que Dios traz  para ella. Por lo tanto, hizo la voluntad de la Providencia.

Cuando acabamos de leer esa síntesis de su vida, percibimos la obra inmensa de la Hermana Camille para la gloria de Dios entre los hombres. No fue tanto el hecho de acabar fundando un convento – lo que es una obra excelente –, sino una cosa mucho mayor: haber dejado un gran ejemplo de perseverancia, reso-

lución, fuerza de alma, confianza en la Providencia Divina, y obediencia a los designios de Dios en las circunstancias más adversas de la vida.

De manera que, mientras su memoria sea conocida por los hombres, habrá personas débiles y en condiciones difíciles que encontrarán un mayor aliento para enfrentar las dificultades de la vida, a causa del ejemplo de esta religiosa. Y la Hermana Camille va a ser la fuerza de los débiles, la luz de aquellos que estuvieren en la incerteza y en la penumbra.  Por qué? Porque fue el gran ejemplo que ella dejó; esto es algo mucho mayor que hacer una gran obra.

Un gran convento es una cosa espléndida, pero si él mismo no fuese un gran ejemplo no servirá de nada. Después del culto a Dios, lo mejor que podemos hacer es edificar con el ejemplo. Nuestras palabras y acciones quedan por debajo del ejemplo. Las palabras mueven, el ejemplo arrastra.

La Hermana Camille dejó un ejemplo de fuerza de alma, y se percibe que a través de todas las incertezas de su vida, ella siempre fue fuerte. Nunca se sintió doblegada, siempre camin  hacia adelante cumpliendo su deber de acuerdo con lo que quería la Providencia, sin perder la unidad de

lo que estaba realizando, mas entendiendo que, al trabajar por el pleno cumplimiento del deber del momento, ella cumplía la voluntad de Dios. En el cielo ella ve ahora esta unidad que Dios quiso; y tal vez no haya calculado que su ejemplo se irradiar a tanto y que pudiese ser tan conocido.

Se trata de una personalidad extraordinaria, de una persona que tal vez llegue a ser canonizada. Esa es la vida de alguien que va caminando ciegamente delante de las dificultades, actuando y no incomod ndose con ellas. Al final viene la gloria de haber dado un buen ejemplo, obedeciendo a Dios. A mi ver, es la gran lección que esta nota biográfica nos enseña.³  

(Extraído de conferencia de 17/2/1970)

- 1) Sierva de Dios, su proceso de beatificación abierto en 1938 est  en curso.
- 2) Durante la Revolución francesa de 1789, la Asamblea Nacional Constituyente aprobó el 12 de julio de 1790, la Constitución Civil del Clero. Los obispos y sacerdotes que se negaron a jurar esa constitución, fueron perseguidos y obligados a emigrar. Eran ellos los refractarios.
- 3) No disponemos de las referencias bibliográficas.



SANTORAL

Gabriel K.



San Bernardino de Siena

1. San José Obrero.

San Segismundo de Borgoña, rey († 524). Rey de Borgoña que, convertido de la herejía aria, erigió la abadía territorial de Saint-Maurice de Agaune, en Suiza, y expió con penitencias, lágrimas y ayunos un grave delito cometido.

2. San Atanasio, obispo y doctor de la Iglesia († 373).

San Antonino, obispo († 1459). Como religioso dominico, se dedicó a la reforma de su orden; como Arzobispo de Florencia, resplandeció por su santidad, rigor y doctrina.

3. San Felipe y Santiago Menor, Apóstoles.

San Teodosio, abad († 1074). Fundó en Kiev, Ucrania, el Monasterio de las Grutas, dando inicio a la vida cenobítica en esa región.

4. San Floriano, mártir († 304). Oficial del ejército romano, muerto durante la persecución de Diocleciano por haberse declarado cristiano.

5. III Domingo de Pascua.

San Britón, obispo († 386). Obispo de Tréveris, Alemania, defendió su grey de los errores de Prisciliano, pero, junto con San Ambrosio de Milán y San Martín de Tours, se opuso a su ejecución y a la de sus seguidores.

6. Beata Ana Rosa Gattorno, religiosa († 1900). Después de quedar viuda, fundó en Piacenza, Italia, la Congregación de las Hijas de Santa Ana, Madre de María Inmaculada.

7. Beato Francisco Paleari, presbítero († 1939). Sacerdote del Instituto Cottolengo, dedicó su vida a la enseñanza y al cuidado de los pobres y enfermos de la Pequeña Casa de la Divina Providencia, en Turín, Italia.

8. San Acacio, mártir († s. IV). Centurión del ejército imperial, flagelado, torturado y decapitado en Constantinopla por ser cristiano.

9. San Isaías, profeta.

Beato Juan Benincasa de Montepulciano, religioso († 1426). Religioso de la orden de los siervos de María, se retiró a una cueva del monte Amiata, Italia, donde llevó una vida penitente.

10. San Guillermo, presbítero († 1195). De origen inglés, fue párroco en Pontoise, Francia, donde brilló por su piedad y celo por la salvación de las almas.

11. San Francisco de Jerónimo, presbítero († 1716). Famoso predicador jesuita fallecido en Nápoles, Italia, se dedicó especialmente a las misiones populares y al apostolado con los pobres y abandonados.

12. IV Domingo de Pascua.

San Nereo y San Aquiles, mártires († s. III).

San Pancracio, mártir († s. IV).

13. Nuestra Señora de Fátima.

Beata Magdalena Albrici, abadesa († 1834). Abadesa del monasterio agustino de Brunate, Italia, incentivó en sus hermanas el deseo de perfección.

14. San Matías, Apóstol.

San Miguel Garicoits, presbítero († 1863). Superior del seminario mayor de Bétharram, Francia, y fundador de la Sociedad de los Padres Misioneros del Sagrado Corazón de Jesús.

15. San Roberto de Bingen († s. VI-II). Construyó muchas iglesias en su



Gabriel K.

ducado de Bingen; a los veintidós años de edad se durmió en el Señor.

16. Beato Miguel Wozniak, presbítero y mártir († 1942). Deportado de Polonia para el campo de concentración de Dachau, Alemania, donde sufrió crueles torturas antes de morir.

17. Santa Restituta, virgen y mártir († c 304). Muerta en Cartago durante las persecuciones de Diocleciano.

18. San Juan I, Papa y mártir († 526).

San Erico IX, rey († 1161). Rey de Suecia que envió al Obispo San Enrique a Finlandia, para propagar el Evangelio. Fue apuñalado por sus enemigos, mientras participaba de la Santa Misa.

19. V Domingo de Pascua.

San Ivo, presbítero († 1303). Dedicó toda su vida a la práctica de la virtud de la justicia, como abogado y después como sacerdote y juez eclesiástico. Falleció a los cincuenta años en un castillo cerca de Tréguier, en la Bretaña Francesa.

20. San Bernardino de Siena, presbítero († 1444).

San Protásio Chong Kuk-bo, mártir († 1839). Renegó a Cristo durante la persecución en Corea, pero proclamó arrepentido su fe ante el juez y murió en la cárcel, tras sufrir crueles torturas.

21. San Cristóbal Magallanes, presbítero, y compañeros, mártires († 1927).

San Hospicio, eremita († s. VI). Vivió en una vieja torre en los alrededores de Niza, Francia, practicando ayunos y penitencias. Recibió el don de los milagros y el de profecía, predicando, incluso, la invasión de los lombardos.

22. Santa Rita de Casia, religiosa († c 1457).

Beato Matías de Arima, mártir († 1620). Catequista de Omura, Japón, torturado hasta la muerte por negarse a delatar a los misioneros.

23. San Eutiquio, abad († c. 487). Practicó la vida solitaria junto con San Florencio en los alrededores de Nursia, Italia, y después gobernó santamente el monasterio cercano.

24. Nuestra Señora Auxiliadora de los cristianos.

San Simeón Estilita, el Joven, presbítero y eremita († 592). Vivió largos años sobre una columna en el Monte Admirable, en Siria. Escribió varios tratados sobre la vida ascética.

25. San Gregorio VII, Papa († 1085). *Ver página 2.*

San Beda, el Venerable, el presbítero y Doctor de la Iglesia († 735).

Santa María Magdalena de Pazzi, virgen († 1607).

26. VI Domingo de Pascua

San Felipe Neri, presbítero († 1595).

Beato Andrés Franchi, obispo († 1401). Fraile dominico elegido Obispo de Pistoya, Italia, favoreció la paz y se empeñó en restaurar la vida religiosa en los conventos de la orden, después de la epidemia de la peste negra.

27. San Agustín de Canterbury, obispo († 604/605).

San Gonzaga Gonza, mártir († 1886). Siervo del rey de Uganda, traspasado por la lanza de un verdugo cuando era conducido encadenado hacia la hoguera.

28. Santa Ubaldina, virgen († 1206). Hija de padres pobres, entró a la Orden Hospitalaria de San Juan de JerusaXXlén, en la cual, durante cincuenta y cinco

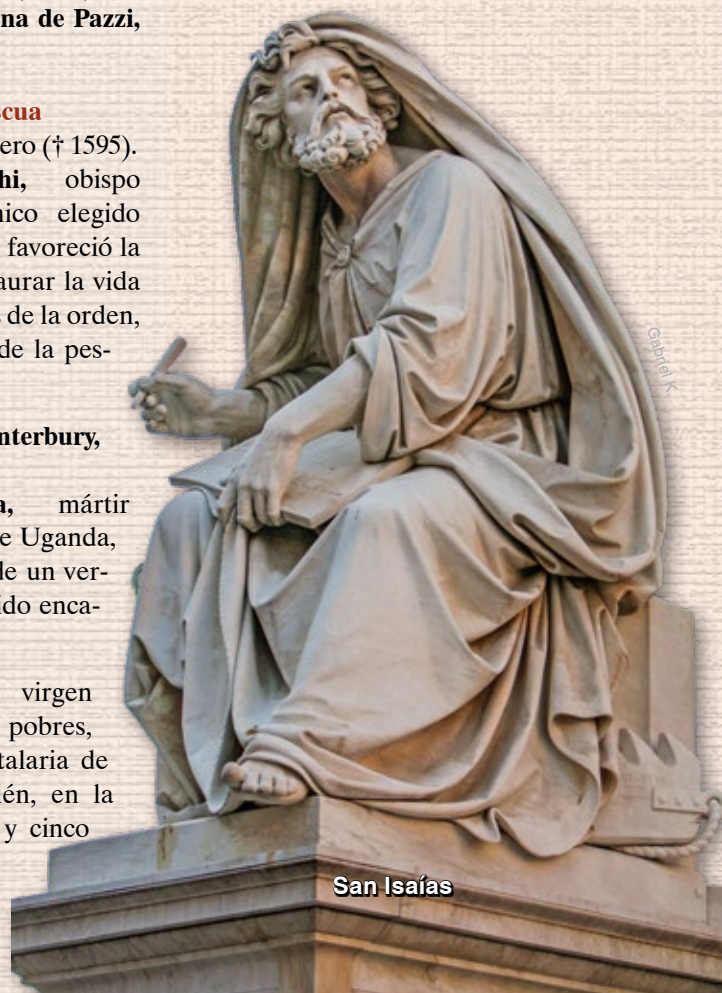
años, se dedicó infatigablemente a las obras de misericordia.

29. Santa Úrsula Ledochowska, virgen († 1939). Miembro de una de las principales familias de la nobleza polaca, fundó el Instituto de las Hermanas Ursulinas del Corazón de Jesús Agonizante y recorrió infatigablemente en misión Polonia, Rusia y Escandinavia.

30. San Fernando III, rey de Castilla y León († 1252). Gran devoto de la Virgen María, fue prudente en la administración de su reino, cultivador de las artes y de las ciencias y celoso en la propagación de la fe.

31. Visitación de la Virgen.

San Félix de Nicosia, religioso († 1787). Hermano laico del convento capuchino de Nicosia, Italia, admitido en la orden tras diez años de insistencia.

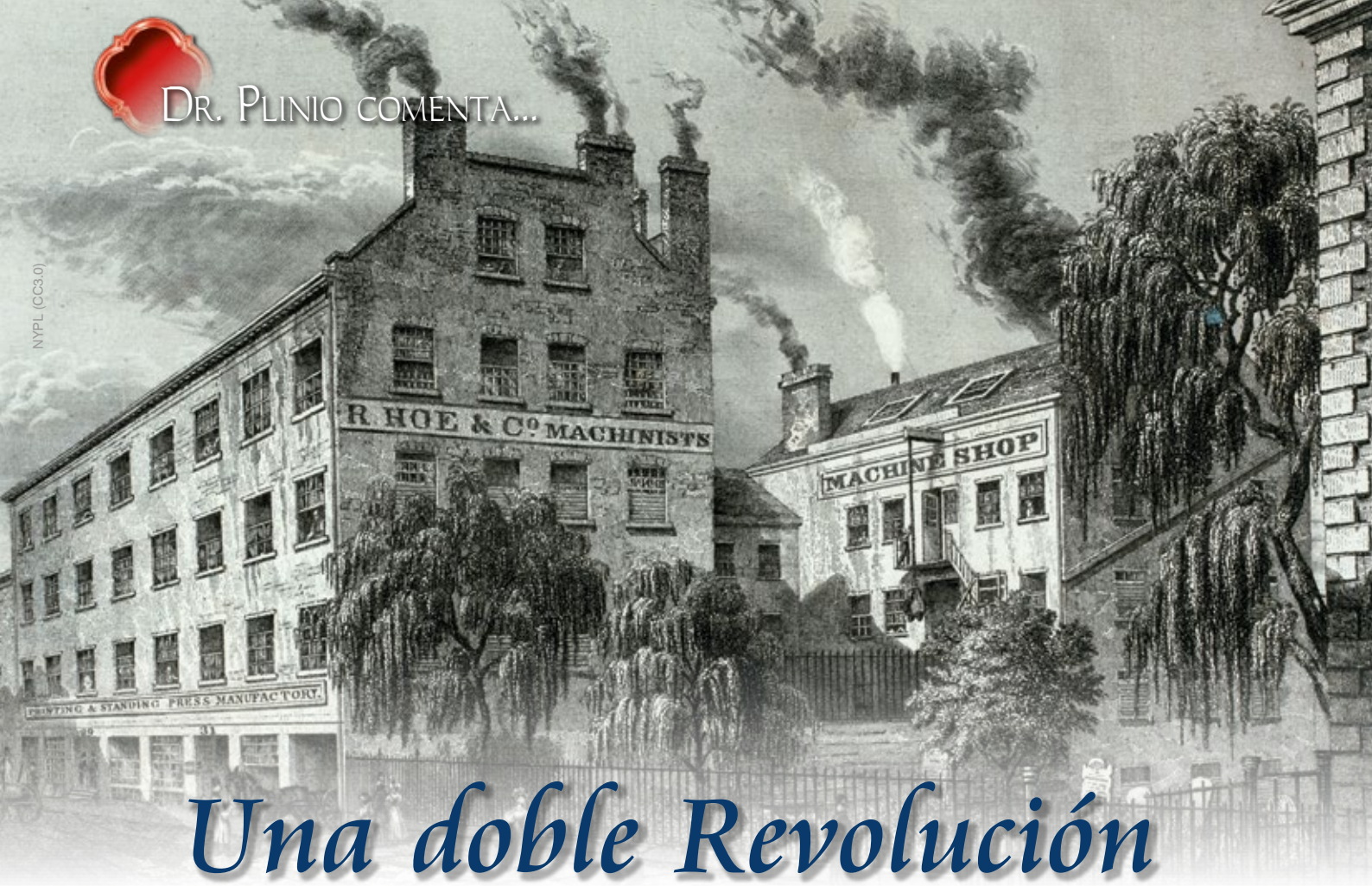


San Isaías



DR. PLINIO COMENTA...

NYPL (CC3.0)



Una doble Revolución

La Revolución Industrial tiene como causa la máquina, a partir de la cual hay un trabajo de guerra psicológica revolucionaria, impulsando el espíritu del hombre hacia el deslumbramiento por la mecánica. La industria se transforma en una especie de modelo de ejemplo metafísico, en función del cual las personas se mueven.

En cuestión tratada anteriormente¹, respecto del papel de la proporcionalidad, señalo lo siguiente: ese deseo de proporcionalidad es intenso en el hombre y se extiende, se difunde por toda su vida. La naturaleza humana, en lo que ella tiene de recto, impone este anhelo.

Una especie de néctar de la Edad Media

Entonces hay, por ejemplo, un deseo de proporcionalidad entre las cla-

ses sociales. Aquel sistema oriental de un marajá inmensamente rico y, más allá, rondando en torno suyo la miseria - aunque ésta incluso sea bien recibida por la indolencia popular - da a la naturaleza humana una impresión desagradable. Porque sería necesaria una proporcionalidad que preparase los grados intermedios, sin los cuales nada está bien ordenado, para evitar que el último grado quede sin proporción posible con el primero.

Creo que esta preocupación de la proporcionalidad es lo que daba bien-

estar en la Edad Media. A pesar de las mentiras que dicen al respecto, la Edad Media guardaba mucha proporcionalidad y, sobre todo, tendía hacia una proporcionalidad cada vez mayor. De no haber sido por la Revolución, era hacia allí que se encaminaría. Y una proporcionalidad con honra, distribuida por todo el cuerpo social. Esto, para mí, es una especie de néctar de la Edad Media, una cosa especial.

En la Revolución Industrial existe algo interesante: la industria, en sí misma, tiene esto: que la necesidad

técnica pide que se viole la proporcionalidad en el aspecto físico de la máquina, en el lugar donde ella debe funcionar, en los ruidos producidos por ella, gases, olores que desprende, etc. Todo eso tiene cierta nota de desproporción que es una ostentación triunfal de lo monstruoso.

La mera funcionalidad es la regla y, en la industria, produce mucha fealdad. Ahora bien, el hombre no puede vivir de lo meramente funcional, abstrayéndose de la proporcionalidad y de la belleza, porque lo simplemente funcional, por lo menos en ciertos dominios de la actividad del hombre, es antihumano. Es preciso hacer lo bello, por amor a Dios, y lo funcional en la medida de la globalidad de las necesidades del hombre.

Tomemos, por ejemplo, una fábrica de jabones. El jabón es necesario al hombre, y la máquina será tanto más útil cuanto más jabones produzca. Pero si el aspecto de esa máquina bestializa a los que allí trabajan, ¿no tienen ellos el derecho de no trabajar en aquello? Es un derecho natural que se debe considerar.

Mecanización del trabajo humano

Por otro lado, el mundo comercial y burocrático busca organizarse a la manera de una máquina, de la cual el hombre sería una pieza. A causa de eso, exige de él ciertos movimientos o inmovilidades excesivas, que no sólo hacen mal al ser humano, sino a aquello que él ve.

Por ejemplo, el banco. Vamos a imaginar un cajero de banco, ubicado en un cubículo por el cual se oiga perfectamente la voz de un lado y de otro. Pero de hecho, la única cosa abierta es un pequeño semicírculo abajo, por donde las manos entregan o reciben el dinero.

Esto podría tener una cantidad de justificaciones. Por ejemplo, evitaría que el funcionario se distraje-

se, que un enamoramiento comenzase, un asalto ocurriese – porque sería muy difícil dar un tiro al funcionario, quien podría fácilmente esquivarlo, etc. Pero hay una necesidad humana, en el trato completo, de ver a la otra parte, lo que no es funcional. Es decir, la función no exige eso.

¿Es razonable educar al hombre de manera que se habitúe a esa otra cosa y, con toda facilidad, trabaje ese contacto? ¿O, por el contrario, la naturaleza es incompatible con eso y no se puede imponerlo? Y si es preciso un proceso para habituar al hombre a eso, ¿no se debe concluir que es una de esas necesidades de atender que hacen bien a terceros pero no al funcionario?

¿No es una especie de mecanización del trabajo humano? Hay una serie de cosas así.

Una organización completamente inhumana

Me acuerdo de esto en el tiempo en que fui funcionario de la Secretaría de Caminos y Obras Públicas. Había una sala de trabajo modesta, de estar, que era dirigida por un in-

geniero, un hombre bien inteligente; había sido mi profesor universitario, pero ganaba más siendo director de aquel departamento.

Tenía un escritorio grande, tal vez sobre un pequeño estrado. Los dactilógrafos permanecían alineados frente a él. Y de un lado había tres o cuatro empleados más viejos, cuyas mesas eran mayores, un poco más confortables y perpendiculares al escritorio del director; eran los que necesitaban escribir cosas a mano, por ejemplo, libros o registros, etc.

Faltaba trabajo, porque toda Secretaría de Estado que se precie tiene más funcionarios que trabajo. De manera que había horas libres en las cuales un cierto pudor colectivo impedía ostentar que no tenían qué hacer. Y existía cierto miedo de que, quedando patente que no había trabajo, algunos fuesen transferidos a otros lugares con más quehaceres. Entonces, ellos tenían interés en no salir de allí.

Las dactilógrafas, en general jovencitas -me acuerdo de una de ellas, Doña Yolanda-, permanecían sentadas en fila, y a veces jugando un poquito con el teclado, pero sin presionar las teclas.



Agence Rol (CC3.0)



En ciertos momentos, sospecho yo, anotaban una cosa cualquiera, una tontería. No conversaban entre sí, ni leían nada, porque era contra las normas leer, pues indicaba que no estaban trabajando; quedaban dos o tres horas.

Al final, el director inventaba algún trabajo para que ellas lo pasaran a máquina. Entonces llamaba: “¡Doña Fulana!” Ella iba despacito, medio contenta de haber sido preferida. Él hablaba con Doña Fulana bajito, le daba un trabajo para hacer; ella se sentaba junto a su escritorio y en pocos minutos el texto estaba dactilografiado. Lo llevaba al director, y con el sobre listo; él lo releía, firmaba, y Doña Fulana volvía a su lugar.

Los hombres de las mesas laterales, al pie de la letra, sacaban punta al lápiz, fumando, a veces pidiendo una ayuda a otro: “¿Tiene un fósforo?”, en el silencio de aquella sala. Una cosa de una artificialidad...

No sé si perciben que existe en esto una imitación de la máquina. Cuando se quiere, se aprieta una teclada y éste funciona. Cuando no se desea, ella queda parada. Y ellos estaban organizados a la manera de la máquina allí dentro. ¿No resultaba una organización completamente inhumana esa cosa toda, dentro de la vagancia y del no hacer nada? A mi juicio, sí.

Un medio de quebrar el mito de la máquina

De esta manera, diversos aspectos de aquel tiempo eran organizados a imitación subconsciente de la máquina, considerada el supremo modelo del bien actuar. Por lo tanto, el sumo modelo de los vivos era la inercia de la máquina. ¿Cuál es la razón? Porque la máquina representaba el resultado de la ciencia, del planeamiento, y era algo que producía una cantidad mucho mayor de lo que fabricaba un hombre. Por tanto, un ser medio angélico, de naturaleza superior a la del hombre, y según el cual éste tenía que modelarse.

Si alguien se salía del ritmo de la máquina causaba indignación. Por ejemplo, yo era impuntual por naturaleza. Toda mi familia materna es impuntual y yo saqué eso de ellos. Pero consideré que la impuntualidad era un medio de quebrar el mito de la máquina, y afirmar la primacía de determinados valores sobre el valor meramente mecánico de la puntualidad.

Hubo inclusive, en el siglo XIX, una reacción de los moribundos románticos contra la puntualidad y el sistema de la máquina triunfante. Yo tenía un tío que se caracterizaba por estar corroyendo continuamente las puntualidades. Y por prestigio personal, haciendo que todas las reglas que imponían la puntualidad cayesen ante sí. El hacía esto como mi generación ya no sabía hacerlo más. Sin embargo, lo hacía de manera tan prestigiosa que quebraba un cierto igualitarismo existente en esto.

Por ejemplo, en una sala de teatro. Después de comenzada la representación, no se puede entrar. Es algo que se comprende, porque si todo el mundo va a entrar, la atención en la escena se dispersa. Pero él llegaba siempre atrasado, con algunos de su familia. La portera o el portero no querían dejarlo entrar, pero él exigía con tanta superioridad, dejando insinuado que apelaría para no sé qué super poderes terrestres que flotaban en torno suyo, ¡y ay de quien resistiese! Abrían y él entraba despacito, pero con un aire de quien estaba dominando la escena. Las personas miraban con el rabillo de los ojos y percibían: “Es el Dr. Fulano que está entrando.” Su forma de entrar hacía natural que para él se abriese aquella excepción.

Él tomaba cuidado de no hacer ruido, etc., para que las objeciones contra esto no se pudieran hacer; se sentaba y la escena teatral continuaba. Sin contar cien otras cosas que hacía.

Esto, que mi generación no sabía hacer, mi tío lo realizaba tan primorosamente que constituía un triunfo

para él. Pero la admiración interna por la máquina hizo que poco tiempo después no se comprendiesen a hombres así. Más aún, que no naciesen hombres capaces de esto, porque el hombre comenzó a ser educado para quedar de “cuatro patas” delante de la máquina.

Y la máquina no admite excepciones. De hecho, quiebra de algún modo la “majestad” de la máquina establecer excepciones. Entonces, la era de la máquina era simplificante y planificadora. Y en cuanto a una sala de teatro, la educación pasaba a consistir en esto: es una falta de educación entrar después de comenzada la sesión. Para los casos no excepcionales, es verdad. Pero es preciso saber hacer una excepción.

Este horror a la excepción era, a mi juicio, causado un poco por prejuicios igualitarios, por la idea de que si algo no funcionó a la manera de la máquina no vale nada.

Comida tranquila y animada por la conversación

Otra cosa también es la siguiente: la comida en el siglo XIX era calma y animada por la conversación. Algo que no voy a analizar aquí hizo caer en todo sentido el gusto por la comida del siglo XIX. Hizo bajar el gusto por la abundancia, por la conversación, por la tranquilidad. La comida en el siglo XIX era siempre un encanto solemne. El placer por la solemnidad pasó; entrar en un restaurante y comer de pie alguna cosa que ya se tiene lista para servir e irse enseguida se volvió divertido. Como quien se liberaba de la opresión y de la rigidez de aquella comida del siglo anterior.

Yo alcancé a ver muchas casas de té organizadas así: una entrada, dos balcones sobre los cuales había recipientes con empanadas, sándwiches y otra serie de cosas. Los mejores bares hacían sándwiches en el momento. Pero en los otros bares ya estaban listos y



guardados bajo una especie de campana; quien quisiera levantaba la campana y comía cuantos sándwiches desease. Hecho al momento era para que la persona pudiera decir: “Póngale más jamón, más lengua, póngale mostaza”, o sea, para individualizarlo. Se demoraba un poco. Interrumpía la rotación mecánica con la que el empleado se movía. Esto podía parecer una insolencia a la buena cadencia de las cosas. Y el bien común – se pensaba – era logrado por la producción rápida y ágil hecha por el hombre.

En el fondo de la sala había mesas donde se servía té con leche y tostadas. Las señoras llevaban a los niños, la música tocaba, ellas se saludaban; se trataba de un encuentro social necesariamente lento. Así era la familia de la generación anterior.

Los hijos de ellas quedaban en la entrada. Las jóvenes, como no podían estar en la parte de adelante y no querían quedar en el fondo,

no iban nunca. Por fin, el bar tomó cuenta de todo.

Entonces, podríamos sacar dos principios: además del efecto propio de la industria, existe un deslumbramiento del hombre por la máquina, que transforma la industria en una especie de modelo de ejemplo metafísico, en función del cual la persona se mueve. Y lo que para nosotros es la transesfera, para ellos es la subesfera; para nosotros el mundo de la transesfera orienta, guía y encamina hacia Dios; para ellos el mundo de la subesfera es lo que guía, orienta y encamina hacia lo que está abajo.

Creo que no existe, hoy en día, un solo dominio de la vida humana en el cual, por algunos aspectos, no encontremos elementos modificados con relación a la situación anterior, en virtud del deseo de actuar a la manera de la máquina.

A partir de ese punto ya no se busca más la funcionalidad y mucho

menos la personalidad, sino que es la contra-funcionalidad que toma la máquina como una especie de valor metafísico a ser seguido.

La no funcionalidad de la máquina

¿Dónde está la no funcionalidad de esto?

Ya que el hombre quiere no sólo la cantidad sino la calidad y en sus desarrollos tiende más hacia la calidad que para la cantidad, él aplica su genio, su inteligencia, su capacidad para promover mejoras de la calidad.

Cuando el individuo llega a una tal humillación delante de la máquina, y pierde lo mejor que tiene -el deseo de la calidad – para preferir la cantidad y vivir en el ambiente de la máquina, queriendo sólo aquello que es mecánico, de hecho muestra la no funcionalidad de la máquina, porque la funcionalidad debería adaptarse a las ex-



cepciones, a los gustos personales, a la calidad, porque estas son cosas necesarias a la naturaleza humana. Por lo tanto, es una negación del principio de la funcionalidad que el hombre se adapte a la máquina, como sería una aberración que el patrón se adaptase y obedeciese al criado.

Entonces, lo que nosotros llamamos Revolución Industrial es una doble revolución. Ella tiene como causa la máquina, pero a partir de ésta hay un trabajo de guerra psicológica revolucionaria, impostando el espíritu del hombre en una situación especial, frente al funcionamiento de la máquina. Y esto es una cosa, hasta cierto punto, no totalmente autónoma de la máquina.

Yo hasta me pregunto si los que hacen cosas de éstas no son impulsados más para producir en el hombre ese cambio de estado de espíritu, que para todos los otros efectos de la máquina.

La libre iniciativa y la propiedad individual de hecho comienzan en

ese derecho a exigir calidad; ahí florece realmente la facultad del hombre de crear alguna cosa. Porque, cuando una persona, por ejemplo, al tener que adquirir guantes, puede ir donde un fabricante de guantes que los confeccione como ella concibió, la persona se pone a imaginar unos guantes. Y consigue los que expresan su temperamento, su deseo, y corresponden también a la forma de sus manos; y le dan una forma de bienestar y de confort que la fabricación en serie no proporciona. Aquí el individuo afirma su libre iniciativa mucho más que en la operación económica, pues toma la iniciativa de hacer una cosa. La libre iniciativa económica es una cosa muy buena, pero no es más que un capítulo de la libre iniciativa personal.

Y el derecho de ser yo mismo y, por lo tanto, de ser servido por cosas que hagan para mí las cosas que quiero, es propiamente aquello que le da brío a una sociedad.

Compresión de las individualidades

Estoy imaginando oír lo siguiente: “Pero esto es sólo para los ricos”. No es verdad. El rico hace eso para sí mismo; el pobre, para su grupo social. Por ejemplo, existe un establecimiento que no vende materias fabricadas, sino los condimentos con los que una cocinera doméstica, es decir, dueña de su propia casa, cocina para los suyos. Una buena cocinera puede hacer los platos que, a ella, a su marido y a los niños gustan; entonces va al establecimiento, compra esto, aquello, aquello otro. Y le gusta hacer variaciones en los platos de la casa, tiene la libre iniciativa para sí, que es un derecho natural.

No sé si hago notar el carácter comunista y totalitario de la opresión de eso, que está en el origen de una serie de otras formas comunistas de vivir y preparan el advenimiento del comunismo.

Más aún, el vendedor tiene que ser psicólogo. Precisa comprender



Aumuller (CC3.0)

cómo es la mentalidad de su cliente, si no, no fija su clientela. Más que hacer anuncios, el vendedor necesita que su clientela le haga propaganda. Por tanto, la excelencia de la mercancía es la condición de su prosperidad.

Todo esto define mucho más una sociedad libre, con iniciativa, que la libertad de hacer un discurso anarquista, o la de un terrorista para poner una bomba en el aeropuerto; en fin, son abominaciones en comparación con esta libertad de la persona de ser enteramente ella misma.

A mi juicio, la verdadera escuela de talento del pueblo existe cuando se habitúa a servir de modo individualizado a personas de una categoría superior. En esto se refina y, refinándose, va después a producir para sí, viniendo, en algo, a participar de la clase más elevada. Es una polea que transmite calidad de alto abajo en la escala social, y hace la continuidad armónica que amamos tanto.

Pero creo que el lado miserable de eso es que ahí entra también una tal o cual presión del ambiente que, a partir de la admiración de la máquina, de la rapidez, de lo divertido -coma de prisa, salga enseguida, no haga cumplidos, ni pompas, etc. - produce una civilización inferior que lleva al individuo a querer comprimir su personalidad para encajarse, voluptuosamente, dentro de un ritmo general, totalitario.

Presencí esto: hombres mucho más viejos que yo entrando en un bar y diciendo, con una musicalidad de voz que mi generación ya no tenía:

-Fulano, ¡prepáreme el sánduche que usted sabe!

En general, el hombre que dirigía esos bares era un alemán o un italiano bonachón. Este daba una carcajada y preparaba el sánduche que el cliente quería. Este comía y golpeaba su hombro diciendo:

-Fulano, ¡no hay como su sánduche!

Esto era dicho en voz alta, y era propaganda para toda la clientela. Después el cliente salía satisfecho, dando una buena propina. El dueño del establecimiento hacía una gran reverencia, el mesero limpiaba la mesa, porque esos platos eran tales que el sujeto dejaba migajas por todas partes.

Estas peculiaridades dentro de una sana libertad son el punto de partida de la sociedad orgánica, y de nada vale tratar indefinidamente sobre la sociedad orgánica sin comprender que sin este tipo de libertad ella no se constituye.

La industrialización producirá la contra-calidad

En contrapartida, me parece que este industrialismo que estamos describiendo es más de ayer y de su atardecer que de hoy y del día de mañana.

El industrialismo cibernético, interdisciplinario, nacido de la conjugación de varias ciencias, producirá el extremo opuesto de lo que dije: máquinas enormes que dislocan, sin barullo y sin esfuerzo, cantidades colosales de materia, de un modo que no choca, limpio, procurando producir calidad, en cierto sentido de la palabra. ¿Cuál es ese sentido?

Todo esto es hecho para el gusto del hombre que perdió su individualidad y pasó a ser un anónimo. Esta industrialización producirá la contra-calidad llevada al auge y encamina para lo que hay de peor. Este sistema nos puede dar el patrón de una civilización donde el panteísmo, el pansiquismo tiende a hacer degustar la cosa cada vez más ordinaria, hecha en serie, por el gusto de que las personas se liberen de la cárcel de su individualidad y vibren al unísono. Y esto se transforma en un vicio para el hombre, que debe ser indivi-

duo, que se debe poder afirmar, querer ser diferente de los otros -porque éste es el buen orden del hombre-, e intoxica con el narcótico de ser alguien cualquiera y hundirse en la multitud.

La industria nueva, forzosamente, explota este estado de espíritu y se prepara para acentuarlo. La cosa nueva, sensacional y medio extravagante tiene que contrariar el orden en alguna cosa. La sorpresa hace las veces de la calidad.

De a poco, lo que hará las veces de la calidad es la continuidad monótona, apagada y que libera al hombre hacia los sueños. Nunca oí decir de un drogado que fuese gastrónomo. Este gusto de ser un perdido en la multitud es algo a la manera de la droga.

La sociedad orgánica está repleta de arquetipos que orientan

Surge un problema interesante: ¿Cuándo se trata de una institución de cuño religioso, en qué quedan las individualidades?

En la sociedad orgánica -por los movimientos propios de la naturaleza y no los de la máquina- se forma una especie de guías, y algunos tienen mejor intuición de hacia dónde va el progreso cualitativo. Porque no es cualquiera el que ve tan bien el progreso cualitativo. Si hay algo donde los hombres son desigualmente dotados es en la intuición del progreso cualitativo, visto en el siguiente sentido: un individuo tiene una noción de hacia dónde tienden las cosas y de cómo éstas, realizando sus tendencias rectamente, llegan a lo mejor. Este individuo, porque modela por su ejemplo las otras cosas, lleva a todos los otros en un movimiento que de hecho los representa. No es un hombre que inventa un figurín y lo impone al otro, sino que él siente el consenso de todos y cami-



na en esa dirección. Los otros lo toman como un guía, de buena voluntad, con satisfacción.

En eso no hay una tiranía sino una verdadera libertad, y en ésta los arquetipos son los propios heraldos de la aspiración general.

Las instituciones que buscan un fin muy especial y elevado precisan tener mucho más acentuado este flujo del arquetipo, y de todo perfeccionamiento que gravita en torno de esto. De manera que cada individuo debe ser protegido contra la debilidad humana, contra las soluciones que lo llevarían hacia un objetivo diferente del fin social, y hacia alguna cosa disonante del arquetipo auténtico surgido de aquello.

Una sociedad, como la que estoy describiendo, o está toda llena de arquetipos que orientan, o da en una libertad descabellada. Y ahí lle-

gamos a la Revolución Francesa de nuevo.

El Fundador es la garantía de la libertad de sus súbditos

El Fundador es este arquetipo aun después de su muerte, y la regla tiene por fin proteger al religioso contra las extralimitaciones, las disipaciones, y colocar siempre delante de los ojos aquella especie de profetismo del Fundador que lleva a alcanzar un determinado ápice.

De manera que, para este tipo de organización, la protección de la libertad individual consiste en proteger al individuo contra su propio arbitrio, llevándolo, facilitándole el adquirir el espíritu del arquetipo. Pero es una protección y no una disminución de la libertad. El Fundador es la garantía de la libertad de sus súbditos.

Si la figura del Fundador no es vista así, hay un equívoco fundamental entre el religioso y su condición de religioso. Es preciso detenerse y tratar de dar la explicación, porque esto debe ser entendido así, pues de lo contrario no se entendió nada y se salió de la óptica de la cuestión.

Cuando esto se realiza bien, hay una comunicación del espíritu del Fundador con quien se deja proteger, que completa el espíritu del discípulo, sin cortarlo en nada, excepto en los defectos. Es más o menos como el jardinero que poda, pero que no mutila la planta, por el contrario, le da más fuerza. ❖

(Extraído de conferencia de 12/09/1986)

1) Ver Revista Dr. Plinio n.12, p.16.

Ángeles proféticos

Ciertamente hay un Ángel de la Guarda específico para cada vocación. Y así como hubo espíritus angélicos actuando en la creación del canto gregoriano, también deben existir Ángeles que estimulan dones naturales en quien posee una vocación profética.

Muchas veces el lenguaje de la Escritura, de la Iglesia, de la Liturgia se dirige a Dios pidiéndole directamente alguna cosa. Otras veces, rogamos a Dios, pero tomando en consideración a Nuestro Señor Jesucristo, es decir, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad encarnada. A veces pedimos por intermedio de los Santos, de los Ángeles y principalmente de Nuestra Señora.

Cadena de intermediaciones hasta Dios

Esos pedidos son hechos tomando en consideración que Dios actúa, en un inmenso número de casos – si no siempre – a través de intermediarios.

Cuando analizamos más detenidamente, vemos que esos intercesos-

Anunciación del Ángel a María – Museo de San Marcos, Florencia, Italia



res están colocados, ellos mismos, en una línea de intermediación. De manera que, por ejemplo, rezamos a nuestros Ángeles de la Guarda, pero de hecho, actúan bajo la dirección de otros Ángeles más altos.

La cadena de intermediaciones hasta llegar a Dios es tan inmensa que no podemos escoger de modo totalmente lógico este o aquel intercesor, porque el número es demasíadamente grande para poder tenerlo enteramente presente. Entonces actuamos de acuerdo con ciertas aptencias internas del alma que, en la mayor parte de los casos, creo que son mociones de la gracia. Así, por ejemplo, nos dirigimos a nuestros patronos, o a un Santo que practicó especialmente una virtud que nos cuesta ejercitar, o, por el contrario, a un Santo que tuvo una particular facilidad en practicar cierta virtud; admiramos eso y se la pedimos a él, o recurrimos a nuestro Ángel de la Guarda, o aun a alguna persona fallecida de nuestra familia, en cuya virtud confiamos.

Es un panorama tal, que solo por esas mociones interiores, la persona, de hecho, puede escoger un procedimiento cercano a aquel que Dios quiere.

No se trata aquí de no hacer la voluntad del Creador. Porque si Él quiere que tanteemos en la penumbra, procediendo así estaremos haciendo su divina voluntad. En consecuencia, el problema de quien tantea en la penumbra no es saber cómo tantear cada vez como Dios desea sino, sobre todo, este: “Ya que la Providencia quiere que ande tanteando, me resigno a tantear. A pesar de que yo pueda no tantear bien, estaré haciendo lo que Dios quiere, incluso cuando me equivoque, porque Él me puso en la penumbra”.

Por eso, debemos actuar con el espíritu libre y confiado, conforme al impulso interno que tengamos, pidiendo ora una cosa, ora otra, desde que todo esté en la dirección de hacer la voluntad de Él, que es condición de todo bien.

Tener la mayor libertad posible dentro de la línea de los Mandamientos

Así, cuando un religioso ruega algo por medio de su Superior, o del Ángel de la Guarda, o de Nuestra Señora, soy propenso a creer que se mueve todo un engranaje sobrenatural, si es que se puede usar una palabra tan vulgar como “engranaje” para designar una realidad tan magnífica como es la interacción de todos los servidores de Dios, hasta llegar a los pies de su trono.

Comprendería que se hiciese una oración así: “Oh! vosotros a quienes yo no conozco, en el Cielo, pero por cuyo intermedio Dios quiere ser especialmente servido en esta ocasión, yo os pido que...”. Ya sea Ángel, sea Santo canonizado, o sea un alma santa que está en el Paraíso.

O entonces, si Dios quisiese la especial intercesión de una persona que no conozco, puedo pedir a mi Ángel de la Guarda que, por medio del Ángel de la Guarda de esa persona, la lleve a rezar por mí. Con toda apertura, con todo el espíritu filial, debo caminar así.

En materia de vida espiritual, soy muy propenso a que se tenga la mayor libertad posible dentro de la línea de los Mandamientos, naturalmente. Es decir, en aquello que no contraría a Dios, tener mucha apertura.

Santa Teresita del Niño Jesús usaba esta expresión: “*dis au juste que tout est bien!*” – “Dígale al justo que todo está bien”. O sea, si está siguiendo el buen camino, viva tranquilo, no se complique ni se incomode.

Yo me inclinaría a pensar que Dios habitualmente – y tal vez siempre – no actúa directamente. Y que cuando rezamos directamente al Creador, nuestra oración debe pasar por los caminos de las intermediaciones hasta llegar a Él. Entonces pedimos a Dios porque sabemos que es el Donador de todos los bienes, pero lo correcto sería suponer que todas las

gracias pasan por un número incontable de intermediarios, que ni siquiera sabemos bien quiénes son.

Cada vocación tiene su Ángel de la Guarda, y a veces es un Serafín

Para tener una idea, consideremos lo siguiente: ¿cada uno de nosotros, hasta Adán, ¿cuántos antepasados tiene? ¡Son incontables!

Entre tanto, si no conocemos la lista de todos nuestros antepasados hasta Adán, nuestros ancestros que estén en el Cielo, muy probablemente sí tienen conocimiento de todos sus descendientes. ¿Cuántos de nuestros antepasados estarán en el Cielo? ¿Cuántos se encontrarán en el Purgatorio? ¿Cuántos no estarán ni en el Cielo ni en el Purgatorio...? No lo podemos saber. Entre tanto, los que se salvaron ¿no rezan de modo especial por todos sus descendientes? Yo creo que sí.

Ahora bien, en la línea de esa descendencia, algunos tienen más realce y otros menos en los planes divinos. Naturalmente, los ancestros amarán más a aquellos con mayor importancia en los designios de Dios, y, por tanto, rezarán especialmente por éstos.

¿No sería algo muy razonable hacer una oración especial para pedir a nuestros antepasados que recen por nosotros? A mí me parece muy razonable, así como también rezar para que salgan del Purgatorio aquellos que allá estuviesen, a manera de un deber anexo a la obligación de honrar a padre y madre.

¿Y qué decir del recurso a los Ángeles?

Todos tenemos nuestros Ángeles de la Guarda. Hay ciertamente un Ángel de la Guarda específico para cada vocación. No me espantaría que fueran espíritus de la categoría de un Arcángel e incluso de un Serafín, según las condiciones especiales de cada vocación. Pues bien, ¿no sería razonable que recemos al Serafín que, a los pies de Nuestra Señora, está

más especialmente rogando por nosotros, y pedir que él y toda la cohorte de los espíritus angélicos de él dependientes, recen continuamente por nosotros para que realicemos nuestra vocación? A mi modo de ver, en este abandono en que nos encontramos, si no recurrimos a los espíritus celestes privamos a nuestra lucha de elementos de defensa incomparables.

El canto gregoriano y el polifónico

¿Qué relación tiene eso con el profetismo? ¿En el espíritu de los que poseen una misión profética, hasta qué punto los Ángeles inspi-

ran aquello que ellos deben pensar? ¿Cuál es el papel del Ángel y cuál el del profeta en la ejecución de una determinada misión terrena?

Tomen el canto gregoriano. No hubo un “Cristóbal Colón” del canto llano, que haya descubierto esa “América” del mundo sonoro... Existieron, sin duda, grandes compositores, muchos de ellos anónimos. Si bien probablemente en su gran mayoría no hayan sido canonizados, la fuente del canto llano corresponde a un movimiento de santidad dentro de la Iglesia.

A pesar de no confundirse con la santidad, ese movimiento constituye una cierta forma de virtud, que puede estar en el conjunto de las virtudes de

un santo y hacer un bien enorme. ¡No hay palabras para expresar el bien que el canto llano ha hecho! Pero, por algún designio de la Providencia, tal vez los mayores hombres de ese estilo de música, quedaron en el anonimato.

Entonces, alguien podría decir: “Tal santo no sabía canto gregoriano, mientras que tal otro era el rey del canto llano”. ¿Alguno de los dos no fue santo?”

Respondo: No, son formas de virtudes especiales. Como, por ejemplo, uno es gran filósofo, otro es un excelente artista, etc. Son dones naturales que Dios hizo iluminar por la gracia. En esos casos, la santidad consistía también en hacer valer aquel don, natural y sobrenatural, recibido de Dios. Si no hiciesen valer eso, no serían santos. Pero no quiere decir que todos los santos deberían haber tenido ese don.

Parece que en el nacimiento del gregoriano entró una acción angélica. Porque en él hay una cierta forma de belleza superior a la imaginación humana.

Esa acción angélica se hizo sentir en cuanto Ángeles actuando sobre hombres probablemente con talentos afines. Y de la conjugación del talento afín con la acción del Ángel brotó una belleza que el talento humano solo, nunca daría. De manera que al escuchar ciertas músicas del canto llano – en mi opinión, también del polifónico – decimos. “No es posible; ¡esto no lo compuso un hombre!” Entró una acción angélica.

Entonces, así como podemos imaginar Ángeles de las melodías celestes y terrenas, ¿no podríamos conjeturar Ángeles que actúan estimulando dones naturales y reflexiones en quien tiene una vocación profética? ¿Ángeles, ellos mismos, teniendo por naturaleza y por gracia mucha cosa de profético, y que serían Ángeles proféticos, patronos de aquellos que deben ejercer una misión profética? Mucho me complace esa hipótesis. ❖

(Extraído de conferencia de 4/10/1986)



El ministerio de los Ángeles, por Gustavo Doré



Grandeza y bondad de Dios

Hay bellezas de la naturaleza cuya formación se desarrolló solamente en la presencia de Dios, pero que estaban destinadas a dar al hombre una idea del Cielo, donde los legítimos anhelos de grandeza, aislamiento y convivencia son plenamente atendidos.

Esta es una lindísima fotografía de los Alpes, tomada desde un avión. Tal vez sea interesante mostrar el contraste de ese panorama con otros a los cuales estamos habituados.

Grandeza y aislamiento en un pico nevado

Nieva en poquísimos lugares del territorio brasileño. Algo en Santa Catalina. En Campos de Jordán no me consta que caiga nieve, pero de vez en cuando cae una especie de helada muy gruesa, la cual da un poco la impresión de nieve.

En esta fotografía está caracterizado el paisaje cubierto de nieve, con toda la poesía y hasta la magnificencia que ella trae consigo.

No obstante, confieso que lo más bonito del panorama, a mi ver, no es la nieve, sino la configuración de ese monte, con una cresta que llega bien alto y, después, se levanta otra cresta más. El bloque donde está ese monte me sugiere la idea de una fortaleza medieval. Se nota que está cercado por una muralla natural. Su forma



vagamente circular imita a la de muchas fortalezas medievales. En el centro del área fortificada se encontraría el castillo, y allí, como si fuese una torre prodigiosa, ese otro pico más alto.

El hombre no puede mirar un paisaje como ese sin imaginarse a sí mismo en esas cimas y qué sensación tendría si estuviese allá en lo alto. Si tuviese, por ejemplo, medios financieros y técnicos para construir una fortificación en aquel pico más alto, ¿qué sentiría? Tal pregunta no es de un soñador imbécil, sino que es un modo de degustar mejor un panorama.

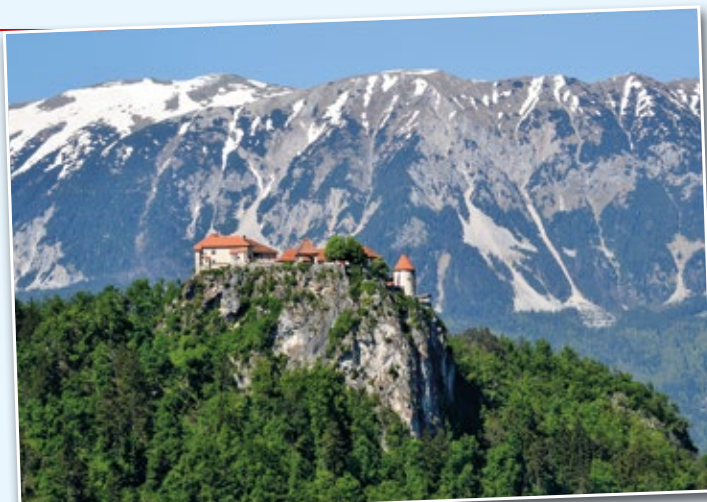
Ese hombre tendría la sensación de estar colocado en lo alto de una grandeza colosal. Si poseyese un castillo cubriendo aquel pico, se sentiría el castellano de los castellanos, alguien que está en una altura fantástica a partir de la cual él domina, con la mirada y con el pensamiento, todo cuanto de contemporáneo se desarrolla a sus pies.

Pero sentiría, en compensación, un aislamiento tremendo, porque la nieve no es su hábitat natural. El hombre no fue hecho para vivir en la nieve, y sí para morar en lugares donde de vez en cuando nieva. Es verdad que los esquimales y otras poblaciones logran vivir en un panorama nevado así, pero en condiciones de vida enteramente primitivas y con un desarrollo cultural de los más elementales.

Cielo: pico donde se unen las alegrías del aislamiento y de la convivencia

La nieve vista así da la impresión de un panorama en el cual el hombre está tan aislado como si estuviese en la luna, separado de sus contemporáneos, de todo el mundo, incomprendible para todos, dominando todo desde lo alto, pero sufriendo aquello que Dios dice en el Génesis, antes de crear a Eva: “No es bueno que el hombre este solo” (Gen 2, 18). El aislamiento, sobre todo cuando se vuelve más imponente y aplastante por la grandeza, es una cosa que pesa enormemente.

Un castellano viviendo en un castillo imaginario, acompañado apenas de dos o tres criados, viendo los días que se suceden a las noches y las noches a los días, las tempestades de nieve o las nubes que cercan de todos la-



szerenka (CC3.0)



Trace (CC3.0)



Inez Stafford (CC3.0)





Berrucomons (CC3.0)



Fulvio Spada (CC3.0)



M.M. (CC3.0)



dos, dando la impresión de que el castillo está volando, sentirá en determinadas horas un tal aislamiento que podrá tornarse angustiante.

Por otro lado, para quién no vive en la nieve, mas en la trivialidad de todos los días, hay unas ganas de salir de la banalidad, un deseo de volar dentro de los horizontes de la grandeza.

El ser humano es de tal manera, que, si tiene elevación de alma y se encuentra, por ejemplo, en la Plaza del Patriarca en el centro de San Pablo, viendo ese panorama, podría pensar: “¡Pero como sería bueno estar allá en lo alto!” Sin embargo, quién estuviese en la cumbre de la montaña, si le mostrasen la Plaza del Patriarca y le ofreciesen bajar, sería capaz de tener la flaqueza de decir: “Entonces, vamos, porque allá está muy calientico y agradable.”

No obstante, hay un poco de verdad en ambas actitudes.

Considerando eso comprenderemos mejor el Cielo. Porque el Paraíso es de una elevación, de una altitud – no física, sino moral – incomparable. Pero, por otro lado, allí no se está solo. El hombre se encuentra en la presencia de Aquel que es su finalidad, siente la compañía absoluta para la cual fue creado. En presencia de Dios está como que embriagado de la alegría de tener contacto y de conversar con Dios: infinitamente más alto que ese monte, pero al mismo tiempo infinitamente más condescendiente, afable y amoroso que las ideas que esa montaña sugiere.

Además, en el Cielo la persona está integrada en toda la corte celestial, pasa a ser príncipe de ella. Es la corte de los bienaventurados, de los Santos y de los Ángeles. Ellos tienen allí la felicidad completa que reúne las



alegrías aparentemente contradictorias de formar parte de una multitud y de estar solo en un pico. Allí se está en lo más alto de los picos, cercado y en una convivencia idealmente afectuosa, respetuosa, amable, con la más perfecta de las multitudes, que es la multitud inmensa de aquellos que se salvan.

Bellezas que se desarrollaron a los ojos de Dios

En esta otra fotografía vemos el cielo azul, el día límpido y podemos apreciar mejor la belleza, la magnificencia de esa ubicación. Se diría que algo semejante a los contornos de una fortaleza medieval aún se torna más claro que en la fotografía anterior, pero pareciendo más un cráter de un volcán del cual salió, en determinado momento, de las entrañas más calientes de la tierra una materia cualquiera incandescente, llevada por un chorro enorme y que, cuando llegó arriba se petrificó en el frío y formó eso que vemos.

No había hombres en la tierra cuando hechos geológicos así dieron origen a los panoramas que hoy existen. ¡Mas, que cosas lindas en esa ocasión se desarrollaron a los ojos de Dios! A través de paisajes como ese Él nos hace sospechar un poco cuáles eran las bellezas creadas por Él antes de que nosotros existiéramos. En ese sentido, podemos pensar que millares y millares de años antes de que esas montañas fueran conocidas por el hombre, Dios las modeló con la intención principal de dar a los hombres la oportunidad de hacer estas o mejores reflexiones respecto de su grandeza y bondad. ❖

(Extraído de conferencia de 21/12/1988)



Xongnopp (CC3.0)



Christian Mehlthürer (CC3.0)



Tinelot Wittermans (CC3.0)



Xongnopp (CC3.0)

Auxilio de los pequeños

Nuestra Señora Auxiliadora es representada con el Niño Jesús en el brazo para indicar la relación materna que tiene con el Divino Infante. Relación de intimidad absoluta, con la disposición de atender las últimas y menores dificultades de un niño, con aquel afecto, aquella bondad que se tiene con el pequeño y el débil.

María Santísima es también la Madre del Cuerpo Místico de Cristo, y por lo tanto, de todos los cristianos. Su posición en relación a cada uno de nosotros, es la de querer que seamos como el hijo cargado en su regazo, a quien Ella da mucho más de lo que pide, e incluso aquello que él no sabe pedir.

Pero, la condición para recibir es pedir con esa intimidad y la certeza de ser atendido como un niño de brazos. A este título, Ella nos auxilia con esa multitud de auxilios dado a los pequeños.

(Extraído de conferencia de 23/5/1966)